

www.elboomeran.com

Alex Capus

LÉON Y LOUISE

Traducción del alemán de
Carlos Fortea



salamandra

Título original: *Léon und Louise*

Ilustración de la cubierta: Ullstein Bild/Roger Viollet/André Zucca/Cordon Press
Idea de la cubierta: Peter-Andreas Hassiepen © Carl Hanser Verlag, Munich, 2011

Copyright © Carl Hanser Verlag, Munich, 2011
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2013

La traducción de esta obra ha recibido la ayuda de
The Swiss Arts Council Pro Helvetia.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7^a 2^a - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-502-1
Depósito legal: B-2.914-2013

1^a edición, febrero de 2013
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

para Ruben

*Il ne faut pas trop regarder
la nudité de ses parents.*

ERIK ORSENA

1

Estábamos en la catedral de Notre-Dame, esperando al cura. A través del rosetón, la coloreada luz solar se proyectaba sobre el ataúd abierto que yacía adornado con flores sobre una alfombra roja ante el altar mayor. En el deambulatorio, un monje capuchino estaba arrodillado frente a la Piedad; en la nave izquierda, un albañil en un andamio raspaba con su paleta, provocando un ruido resonante entre aquellos muros de ochocientos años. Por lo demás, reinaba el silencio. Eran las nueve de la mañana, los turistas todavía estaban desayunando en sus hoteles.

Los asistentes al funeral éramos pocos; el fallecido había vivido largo tiempo, y la mayoría de sus conocidos habían muerto antes que él. En el primer banco estaban, en el centro, sus cuatro hijos varones, su hija y sus nueras, luego sus doce nietos, de los que seis aún eran solteros, cuatro estaban casados y dos divorciados; y en un extremo, los cuatro bisnietos —con el tiempo llegarían a ser veintitrés— ya nacidos por aquel 16 de abril de 1986. Detrás de nosotros se extendían en la penumbra hacia la salida cincuenta y ocho filas de bancos vacíos... un mar de bancos vacíos, en el que sin duda habrían cabido todos nuestros antepasados hasta el siglo XII.

Éramos un grupito ridículamente pequeño para una iglesia tan grande; que estuviéramos allí sentados era una última broma de mi abuelo, que había sido químico de la policía

cabo, era muy improbable que aquella veloz muchacha recorriera la carretera por tercera vez en pocos minutos. Y si lo hacía, él perdería de todas formas una carrera que ni siquiera lo era para ella. Se detuvo y tumbó la bicicleta sobre la grava, saltó sobre la cuneta y se tendió en la hierba. Que viniera. Se quedaría allí tendido mordisqueando una brizna como quien se toma un pequeño descanso, y se llevaría el índice a la visera de la gorra para decir, alto y claro: «*Bonjour!*»

Se comió el último de los tres bocadillos de queso preparados por su tía Sophie. Se quitó los zapatos y se frotó los pies ardientes, mirando de vez en cuando de reojo la solitaria carretera. Una ráfaga de viento trajo llovizna, que enseguida remitió. Pasó un camión azul como la noche, en cuyos laterales ponía L'ESPOIR con letras doradas; un poco más tarde un perro blanco y negro apareció a campo traviesa. De pronto, se dio cuenta de lo tonto que parecía, con su brizna de hierba y su ostentosa relajación; si la chica volvía a pasar, se percataría del teatro al primer vistazo. Escupió la brizna y volvió a calzarse, saltó por encima de la cuneta y montó en la bicicleta.